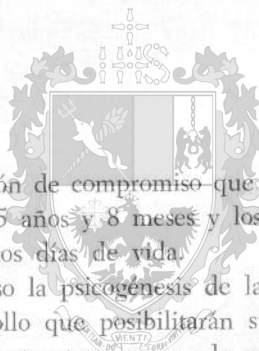


Psicogénesis de los Factores Determinantes de la Maduración para el Aprendizaje de la Lectura y de la Escritura

Dr. LUIS S. STOPPA
Asesor Médico del Departamento
Psicopedagógico

Prof. MARÍA ROSA E. DE MORALES
Vicedirectora del Instituto de Psicopedagogía



Para considerar esta situación de compromiso que debe afrontar el niño que inicia su escolaridad, entre los 5 años y 8 meses y los 6 años y medio, tenemos que conocerlo desde sus primeros días de vida.

Podemos seguir paso a paso la psicogénesis de las operaciones intelectuales y todos los aspectos del desarrollo que posibilitarán su relación con el mundo: es decir, la integración de esa estructura y mundo en todo su dinamismo.

En los primeros meses de vida el niño se desenvuelve en un medio sin permanencias, sin objetos sustanciales. Sus primeras exploraciones y contactos se dan en su espacio bucal. La visión, la audición y después el movimiento tienen una función preponderante en la estabilización del mundo que lo rodea. La integración de percepciones visuo-quinéticas, en las primeras manipulaciones que hace el niño con los objetos por "un proceso de interiorización de las acciones" posibilita la asimilación de "esquemas", base de las imágenes necesarias para lograr la representación de las cosas.

Tenemos así la imagen —que no es la de la pedagogía tradicional— "fotografía del objeto", estática; sino la imagen dinámica lograda por actividad del sujeto.

El niño se relaciona con los objetos de acuerdo a las categorías de que dispone —dice Piaget—: frotándolas, chupándolas, etc.; y a medida que evoluciona asimila en base a *acciones efectivas* todas las categorías del entorno. Este proceso de interiorización explica la construcción del mundo del sujeto. Explica el desenvolvimiento de la inteligencia, es decir, la construcción del tiempo y el espacio; básicos para llegar a la medida y al número.

El niño de 3 meses que mira los movimientos de sus manos no tiene conciencia de los movimientos. En tanto que ellos se suceden, él está absorto en los cambios por sí mismos, él no actúa en función de reencontrar la sensación que acaba de tener, determinada por una especie de inercia, de repetición del acto, lo que explicaría la ausencia de maduración.

Más tarde el niño actúa tratando de reencontrar la conciencia de las impresiones que el objeto le ha procurado, cuando pasa el objeto de una mano a la otra. Aún no se puede decir que ya tenga la senso-percepción de una sucesión, ya que se interesa más en la sensación táctil.

En los estadios del desarrollo se van constituyendo "invariantes" a partir de la más primitiva, "la del objeto permanente" a los 8 meses. El niño comienza a tener conductas de búsqueda, cuando se le esconde un objeto, lo que explica la génesis de la permanencia de la imagen, sin el objeto presente. Posición y dirección especiales son las "invariantes" que se adquieren a medida que el espacio se construye según las coordenadas cartesianas; relaciones de lugar y distancia en ese espacio en que nuestro niño se desplaza, concebido en sus dos aspectos: perceptivo y representativo.

El proceso de "asimilación", en el campo restringido de las operaciones mentales, permite al niño pasar de un espacio preoperatorio, es decir, cualitativo, sin medida (tomando este aspecto, para enfatizar sobre la psicogénesis del aprendizaje de la lectura y la escritura) y de un tiempo "práctico", "subjetivo", a un espacio euclidiano y proyectivo y a un tiempo objetivo y representativo. Tiempo y espacio en su evolución para llegar a integrarse en la "sucesión" cuando el niño logra reproducir estructuras en un orden y con un límite determinado en el espacio y en el tiempo.

Cuando el niño de un año acerca hacia él un objeto por medio de un hilo, es cuando parecería tener la primera conciencia de sucesión, es una de las primeras manifestaciones de la inteligencia. La relación de esos dos momentos, tirar y acercar, no es el objeto de la atención del niño, es la finalidad esperada lo que solamente le interesa.

En los momentos se supone la existencia de dos movimientos de sentido contrario, en uno por el cual la realidad es fragmentada en un cierto número de elementos y en el otro movimiento se pasa de uno a los otros fragmentos por medio de procesos indefinidos. Eso es lo que explica la relación entre la conciencia del tiempo y la formación de los conceptos.

La estructuración del tiempo se desarrolla paralelamente a la función conceptual.

Cuando el niño de alrededor de los dos años reúne objetos análogos, se establecen los preconceptos, esquemas sensoriomotores, que serán "significados" para el lenguaje, planteando el problema de la nominación y la significación. Aparece el lenguaje con su función de apelación (nominativa); significante (simbólica); con su tono afectivo (expresiva).

Ese proceso de "interiorización" a que nos hemos referido comprende también la integración del esquema corporal y la del espacio próximo y distante

logrado a través de un proceso perceptivo, táctil, térmico-doloroso. Integración de la que participan también el sistema laberíntico y la motricidad.

Hacia los tres años y medio hay un intento de representación de su esquema corporal que enriquece a los cinco por una forma humana más completa, con cabeza, ojos, boca, orejas, nariz, tronco, brazos y piernas. Con la base de esa integración de su esquema corporal, organizará sus hábitos motrices. El conocimiento de su cuerpo y la maduración neuromotora alcanzada, le permitirá adquirir praxias que usará en su relación cotidiana y también de acuerdo a las experiencias y necesidades de su medio.

La constitución de la especialidad en su relación con el yo, establece la diferencia con el no-yo.

Evolutivamente, se va dando esta desdiferenciación yo-mundo; desdiferenciación hecha posible por la maduración del sistema nervioso y más específicamente de las funciones cerebrales superiores.

Existe una íntima relación entre la "distancia espacial" y la "distancia afectiva" en el curso de la primera infancia. La distancia espacial, es espacio que se estructura en la deambulación, se correlaciona con la distancia afectiva, de acuerdo con Mucchielli y Burgier, la relación madre-hijo, durante la primera infancia. "La maduración del sistema nervioso hace posible la detención de un acto; el control de un gesto. La distancia del seno materno incita a la iniciativa o a la detención".

La tonalidad afectiva del ambiente vivido se imprime en sus hábitos motores en forma de posturas y actitudes idiosincráticas.

Quienes vamos a tratar y a educar a un niño tenemos que acercarnos a él con un conocimiento amplio de su desarrollo y plantearnos estos problemas de epistemología genética.

El itinerario se presenta iluminado por la psicogénesis del desarrollo. La síntesis dada por el conocimiento de su propio cuerpo; de sus posibilidades motrices en relación con el universo en que vive. El tono afectivo con que se desplaza en este universo es la síntesis de la representación que hace del universo, manifestada a través de su conducta.

Llegamos así a inferir que la maduración específica en el problema que nos ocupa, es la resultante del estado óptimo de desarrollo genético como expresión del yo-sujeto en su relación con las experiencias aportadas por los factores ambientales (universo) a través de la afectividad.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR